

CARLA CORDUA

IDEAS Y OCURRENCIAS

Santiago de Chile. RIL Editores, 2001

El título del libro nos habla inmediatamente de una variedad: “Ideas y ocurrencias”. Las “ideas” son lo que desde la tradición más antigua de la filosofía se entiende como el resultado final del pensamiento, aquello en lo que termina el esfuerzo de reflexión. En la idea se consolida una respuesta, y en ella se afirma lo translúcido de un ver. Las “ocurrencias”, en cambio, son más espontáneas, más libres, más juguetonas, tienen que ver con algo que se avanza, que se afirma, dejando todavía la posibilidad de retirar lo dicho, en caso de que sea necesario; no hay todavía en ellas la solidez de lo definitivo, que caracteriza el cuerpo mismo de las ideas. En una ocurrencia se afirma la libertad del que la tiene, se parece a una luz que proviene más del poder de creación, que del sometimiento al orden del ser. La ocurrencia abre la conversación, la idea la concluye. Ambas se necesitan siempre la una a la otra, porque mientras una nos mueve al diálogo, al territorio siempre abierto de la disquisición sobre lo que nos interesa, la otra nos ubica frente a lo que se descubre ante nosotros como un horizonte que ahora necesariamente debemos tener en cuenta. La filosofía requiere siempre del juego de las ocurrencias para llegar a las ideas, porque estas últimas no nacen espontáneamente, requieren siempre del constante ejercicio volátil de la libertad, de la aventura, de la tentativa, del sondeo, del ensayo. Entre ambas posibilidades, apertura a un diálogo y respuesta a una interrogante, se mueve este libro, que es, por eso mismo, un libro esencialmente filosófico.

Son muchas las ideas y muchas las ocurrencias que se ponen en juego en torno a las tres unidades que conforman esta obra. En primer lugar, el problema del sentido y del sinsentido, o mejor aún, el problema del sinsentido y de las consecuencias que éste tiene para nuestra vida. En segundo lugar, una reflexión sobre el legado de las tres cimas del pensamiento contemporáneo, Sartre, Wittgenstein y Heidegger, los que, en cierto modo, también asumen el sinsentido para dar respuestas diferentes a lo que debemos hacer con él. Y en tercer lugar, la reflexión ética, que de alguna manera también tiene siempre detrás de sí, la sombra del sinsentido.

No voy a hacer un recuento de todos los momentos de interés que uno encuentra en esta obra. Simplemente me voy a limitar a detenerme en aquellos aspectos que me han llamado especialmente la atención. Diría en general, que es un libro con el

que yo concuerdo casi siempre, y ello, porque él responde al espíritu de la auténtica filosofía, que tal como Nietzsche la entendió, es una “disciplina de la distancia”, que quiere ubicarse más allá de todas esas posiciones desesperadas, que intentan convertir en verdad absoluta lo que siempre llevan en su corazón la oscuridad y el enigma. No hay en esta obra posiciones cerradas, respuestas que clausuren el problema planteado. Solo aproximaciones que ahondan el misterio, y por eso mismo nos acercan a experimentar en forma más radical nuestra esencia finita, nuestra lucidez de perspectiva. En este sentido, como lo anuncia el prólogo, “brilla por su ausencia” el taciturno Pessoa, que en muchos de sus aspectos aparece como un espíritu inspirador, aunque por el momento se haya quedado detrás de las bambalinas. En cuanto a lo que se dice, a veces disiento, por supuesto, pero sin salir nunca de esta concordancia esencial, que nace del descubrimiento de un alma que ha recorrido parajes que me son muy familiares.

Para ser bien franco, lo primero que atrajo mi atención fue el párrafo final del prólogo, donde se dice: “Agradezco, como siempre, las observaciones que Roberto Torretti ha hecho a algunos aspectos de estos escritos. Comenzar por escuchar a un lector tan crítico y contencioso sería aplastante para quien no estuviera ya acostumbrada a las discusiones filosóficas caseras. Para mí, esta circunstancia representa una oportunidad de corregir y mejorar que, por cierto, no siempre decido aprovechar”. “¡Zuácate! –me dije– ¡pobre Torretti! ¡Un marido oprimido más!... ¿O una mujer sometida?”. Pero fuera de bromas, detrás de la simpática expresión, “Discusiones filosóficas caseras”, me dije, ¡qué formidable duelo de titanes se producirá diariamente en esa casa!. Y como Roberto Torretti es exigente, minucioso y perfeccionista, eso debería bastar para comprender que este libro ha pasado por pruebas de fuego que no ha conocido ningún otro. Bastaría ese dato para recomendarlo vivamente. Pero lo mejor de este párrafo es la frase final. “Esto ha sido una oportunidad de corregir y mejorar, que, por cierto, *no siempre decido aprovechar*”. Se trata entonces de una mujer que afirma orgullosamente su independencia y allí donde está unido el orgullo con la libertad del pensamiento, allí es precisamente el lugar donde surge la verdadera filosofía. Carla Cordua es, querámoslo o no nosotros, los que durante siglos hemos andado pavoneándonos y afirmando que la filosofía no es cosa de mujeres, una auténtica filósofa, la primera mujer que en Chile puede llevar dignamente sobre su cabeza la luminosa aureola del filósofo, aureola no hecha con la luz de la gracia divina, sino con la luz de la inteligencia, de la independencia de juicio, de la creatividad, de la profundidad y de la libertad.

El primer problema planteado y que es central en la obra, es el del sentido, o más bien, el del sinsentido, ya ha quedado dicho. Primero nos acercamos a una precisión del término, a través de análisis lingüísticos muy propios de quien ha seguido tras los pasos de Wittgenstein, dirección que, por lo demás, encontramos a lo largo de todo el libro. Después de esta necesaria introducción al tema, donde se nos aclara

en líneas generales hacia donde debemos dirigir nuestra mirada, caemos en la esencia del asunto. Inmediatamente algo conmovedor: el análisis de sentido de la novela de Conrad, *La línea tenebrosa*: la experiencia del protagonista de la obra, que traspasa la conciencia esperanzada e idealista de la juventud, siempre confiada en las hazañas que promete el ejercicio exitoso de su propia libertad, hacia el encuentro con el destino, con el dolor y la limitación, con los que no se había contado, pero que la vida se encarga de ponernos delante. Se derrumba la confianza excesiva, y aparece en toda su plenitud desesperante, la angustiosa y absurda finitud del hombre. Se ubica así el problema del sentido y del absurdo allí donde tiene que estar, más allá de un mero juego intelectual de destrucción de expectativas lógicas, como esencia de la condición humana, como experiencia de lo trágico.

A partir de aquí el libro ya ha tomado su rumbo y su velocidad de crucero. El análisis de la *Metamorfosis* de Kafka nos cuenta el drama de la expulsión del personaje del ámbito de sentido de lo social y familiar. La caída del protagonista en la oscura animalidad, que ni él mismo comprende, lo va alejando paulatinamente de sus seres más cercanos, que huyen de su condición y lo aíslan. El dolor de la diferencia, que finalmente cae víctima de la extrema segregación que lo conduce a la muerte. Se trata del sinsentido que generan en nuestro entorno las expectativas de los otros con respecto a nosotros mismos, y de la tristeza infinita que brota de no poder responder a ellas. La interpretación es certera y forma una unidad de sentido con lo que se ha expresado sobre la obra de Conrad.

Después, sin salir del problema del sinsentido, volvemos la mirada hacia la poesía. Pocos como Carla Cordua han logrado, con tan buen resultado, arrojar luces sobre una obra tan compleja como el libro *La nueva novela*, de Juan Luis Martínez, uno de nuestros poetas surrealistas más interesantes. La interpretación de Carla, que sigue la línea de la negatividad, es definitiva en muchos aspectos, y a mi modo de ver, tiene la virtud de no quedarse en lo accesorio, en lo formal, sino de descubrir rápidamente lo esencial. El recurso de la negatividad lírica, que aparece como la llave que nos abre la mayoría de las puertas secretas de la obra, esconde detrás de sí una experiencia desesperada ante el sinsentido del mundo, la experiencia del abandono y de la soledad más irremediables. Lo que aparecía un mero juego intelectual de destrucción, muestra ahora su verdadero rostro dramático. Es lo que explica la conclusión de cada una de las estrofas con las que Martínez construye su poema, "La desaparición de una familia", poema cuya reproducción cierra a su vez el ensayo de Carla, y que, gracias a su interpretación, se nos hace transparente: "...y de esta vida al fin, he perdido toda esperanza". Ya no se trata de un ser aislado que se extingue en el absurdo, como era el caso en la obra de Kafka, sino de la desaparición de cada uno de los miembros de la familia, hasta finalmente incluir al propio hablante, que con la última palabra del poema, desaparece en su desesperanza. Así se concluye también la primera unidad del libro, dejándonos, una vez más, ante el gran enigma

de la existencia humana, que para el que ha decidido no huir volando en brazos de la ilusión, sino quedarse abrazado a la tierra que nos sostiene, de por sí se alza a la vez como una respuesta: ¿Hacia dónde? ¿Por qué? ¿Hasta cuándo?

La segunda unidad nos pone ante la vista una reflexión sobre el legado de los tres más grandes filósofos del siglo XX: Wittgenstein, Heidegger y Sartre. Digamos que los filósofos solo son asimilados por los pueblos y las culturas, a través de las afinidades individuales que con ellos tienen algunas personas, las que finalmente cumplen esta misión de comprenderlos. No porque se editen en Chile los libros de Wittgenstein –por ejemplo– podemos dar por asimilada a nuestra vida intelectual la obra del filósofo austríaco. Es imprescindible que uno de nosotros entre en un diálogo verdadero con él, y que gane ese pensamiento para nosotros, que lo haga propio para trasladarlo así a nuestro propio pensamiento. Esa es la razón por la que muchos filósofos que han existido en otras latitudes, a pesar de su riqueza, no hayan tenido jamás cabida en nuestro medio: no hemos sido capaces de asimilarlos. ¿Habrán tenido alguna influencia en nuestra cultura un pensador como Marlebranche, por ejemplo, o como Wolf o Brentano? Y para llevar esta reflexión al extremo, ¿Habrán tenido algún peso en nuestra vida intelectual un pensador como Leibniz? Los abismos abiertos por este tipo de preguntas son tenebrosos; por eso, en países como el nuestro, en buena medida la tarea de los filósofos es hacer comprensible a otros filósofos, y ello no es tarea menor, como se piensa, sino mayor, pues es de ese modo como podemos apropiarnos auténticamente de lo ajeno. En la filosofía hay que inventar la pólvora, hay que repensar lo pensado en el pasado, hay que recuperar para nuestra época y para nuestra lengua y para nuestro pueblo, lo ganado en otras partes. Y eso hace nuestra Carla particularmente con Wittgenstein, a quién ya le ha dedicado un libro fundamental, y cuyo artículo dedicado a él, no por casualidad, está en el corazón de este nuevo libro. El pensamiento es también cosa de pasiones: las afinidades hablan de alma a alma, y esto nada tiene que ver con armazones conceptuales frías y calculadas.

La idea que preside este ensayo busca ubicar a Wittgenstein en su contexto histórico y, particularmente, comprender a partir de allí, su giro de 1930, que señala una clara diferencia entre dos épocas de su filosofía, marcadas por el *Tractatus*, la primera, y por las *Investigaciones filosóficas*, la segunda. Se establece en el ensayo la relación de Wittgenstein con el espíritu de la modernidad y particularmente con lo que podríamos denominar la “ideología científica”, es decir, el pensamiento de que tarde o temprano todo se podría explicar con los medios de la ciencia, y la concepción según la cual todo ha de poder ser interpretado como un hecho. El lenguaje, que pasa a cumplir un rol central en su análisis, viene a ser comprendido como espejo del mundo, de donde surge la contraposición entre hechos y valores. La mirada científica, que descubre los hechos, y los valores, que responden a los intereses humanos, se excluyen mutuamente. El mundo ha sido limpiado por la ciencia de todo significado

vivido. Así, el *Tractatus* aparece marcado por una exageración científicista que termina en el desencantamiento del mundo y en la prohibición de hablar con propiedad de casi todo lo que verdaderamente nos importa. A partir de 1930, en cambio, se produce un cambio radical en este pensamiento, e irrumpe la realidad con toda su complejidad, haciéndose presente en él, temas que en cierto modo superan el panorama desierto de sentido que ha sido el propio de la primera obra. Se descubre en la segunda época una distancia con respecto a la ciencia y hasta una repugnancia por su absolutismo. Wittgenstein se ubica como un hombre de su siglo, pero que a su manera busca huir de él, hacia otras perspectivas más prometedoras. Sin dejar de ser un representante de su época, se distancia de ella y se transforma en uno de sus más agudos críticos. Por eso puede decirse que su vida está habitada por la contradicción, aparece como una experiencia de los límites del pensamiento científico y una búsqueda de ir más allá de él, partiendo de un análisis del lenguaje común, que, a su entender, es la raíz de todo otro lenguaje, y por consiguiente, también del lenguaje del pensamiento. El paso desde el *Tractatus* hacia las *Investigaciones filosóficas* es el tránsito desde una idea del lenguaje restrictiva, que coarta sus posibilidades de significación por seguir las exigencias de exactitud de la ciencia, hacia una concepción del lenguaje en que éste aparece como “acompañante del mundo”, como abierto a posibles usos que no tienen por qué ser exactos, pues se valoriza ahora su uso cotidiano, un uso donde la palabra cumple sus tareas más esenciales: de comprensión, de aclaración del mundo y de posibilidad de las relaciones entre los hombres. La filosofía de Wittgenstein se humaniza, por decirlo así. De este modo, su pensamiento vuelve a abrirse hacia todos los interrogantes, y, particularmente, hacia la vida del hombre y sus avatares, transformando a su autor en una de las figuras claves de la cultura del siglo XX.

El artículo sobre el libro de Safranski sobre Heidegger es esclarecedor en muchos aspectos. Carla Cordua no enmascara sus afinidades, pero tampoco sus diferencias. En su trato con Heidegger se nota que toma bastante más distancia que con los otros dos filósofos especialmente tratados. Ella valora el libro de Safranski, en cuanto él ubica el pensamiento de Heidegger en su época e intenta comprenderlo desde el contexto histórico en que surge. Se establece, de este modo, el vínculo indispensable entre el pensamiento y la vida, en la que éste se sostiene y que ayuda a hacerlo comprensible. Además de una descripción muy detallada del libro, hay una valoración de la empresa de desmistificación que hay en él, y de la cual nuestro propio medio no es ajeno. Al respecto, siempre vale la pena recordar las palabras de Zaratustra: “Se recompensa mal a un maestro si se permanece siempre discípulo”. A pesar de las luces que arroja el libro de Safranski, Carla mantiene sus reservas frente a la segunda filosofía de Heidegger, que sin lugar a dudas parece no contar con su entera adhesión, cosa que no tiene por qué sorprendernos, pues nadie puede pretender hacer de la filosofía un terreno de puros consensos.

El texto siguiente, bajo la forma de una entrevista, que nos acerca al modo directo y espontáneo del lenguaje hablado, revive ese momento importantísimo de la vida intelectual del siglo XX que se esconde detrás de la palabra "Sartre". Sartre es sin dudas un maestro del pensamiento y su obra filosófica y literaria ha marcado muchas vidas, también al parecer, la de Carla. Se parte confrontando el pensamiento de Sartre de la libertad, con el pensamiento de los hechos del positivismo, frente al tema general del derecho. El pensamiento de Sartre es valorado, en cuanto nos recuerda que el fundamento de las valoraciones está en nuestra propia libertad. Se analiza el tema del cambio histórico de las leyes, que se explica por las diferentes circunstancias que va viviendo un país, y, para hacerle honor a la idea del compromiso, tan propia de la filosofía sartriana, se hace una crítica a nuestro propio sistema actual de educación, basado en el libre mercado. Se hace también un recuento de la recepción de Sartre en Chile y se valora su aporte a la fenomenología. Se recuerda también la obra póstuma de Sartre, bastante olvidada hoy día por los estudiosos. Hay algo de nostálgico en esta conversación, en la medida en que Sartre resulta algo superado por el tiempo, particularmente en sus aspectos políticos y sociales, pero que, sin embargo, a la vez, se mantiene cercano, en cuanto nunca los hombres podrán ser indiferentes ante su radical experiencia de la finitud. Queda sobre todo su apología de la libertad, su empeñada afirmación de la subjetividad y el reconocimiento y agradecimiento a su aporte práctico-libertario, en una época que lo requería, para salir definitivamente de los anquilosamientos en que se encontraba antes de su venida.

La tercera sección del libro se titula, "Opciones", seguramente para indicar que no se trata aquí de ningún sistema de valores que se dicte desde la sabiduría absoluta, para que nosotros, pobres mortales, dirijamos nuestras expectativas hacia ellos. Por el contrario, se avanza una reflexión de moral mínima, con el objeto de responder a las inquietudes éticas de nuestro tiempo y cuyo único propósito es firmar la paz con el mundo. El punto de partida una vez más es Wittgenstein, quien intentó dar una respuesta basada en la aceptación de lo que la vida nos trae, actitud que aquí se llama, "aceptación moral". El ensayo analiza las condiciones de esta concordancia con el mundo, y su oposición a una moral voluntarista, que pretenda orientar el curso de las cosas en vistas del dominio completo de la situación. Este modo de sensatez y de armonía con el mundo tiene su historia en la filosofía y Carla lo resume muy bien en su propuesta: "Pensamos en desarrollar una política estable para el curso de la vida en el mundo que nos tocó, cuyo propósito central consista en recibir buena parte de lo que tal curso trae, en adueñarse de ello con comprensión, y a veces, cuando algo lo merece, con gratitud y contentamiento". Esta actitud de paz con el mundo, a pesar de su oposición con lo que ha sido tradicional en las propuestas éticas —que basan su eficacia en la fuerza de voluntad, y en el sacrificio por conseguir la virtud— aparece en la tradición filosófica bastante consolidada. La

euthimia estoica, desde luego tiene que ver con ella, a pesar de que Carla se desmarca de ella, por incluir ésta un sistema de pensamiento teológico que hoy día nos resulta extraño; pero desde el Renacimiento hasta hoy día, muchos pensadores de talla pueden reconocerse en esa línea: Giordano Bruno, Spinoza, Nietzsche, con su idea del *amor fati*, y hasta Heidegger con su discurso sobre la *Gelassenheit* (serenidad).

Como un modo de enfrentar la posición contraria a esta sabiduría otoñal, Carla escoge analizar la posición de Elías Canetti que en su declarada guerra a la muerte aparece como un impulso inútil por derrotar una imposibilidad. Para precisar cómo deberíamos comprender esta aceptación moral de la vida, se analizan dos casos prácticos, uno tomado de la actitud del propio Wittgenstein, que busca ubicar su vida dentro de una aceptación serena de sus límites, y otro, basado en una distinción de Aguilar Camín, que nos descubre una importante diferencia entre la tolerancia y la aceptación, actitud que va más allá de la primera, hacia la aceptación gozosa de la diferencia. No basta con aceptar la diferencia como si ella fuera una carga necesaria, hay que aprender a quererla y a buscar en ella una riqueza.

El ensayo sobre el Quijote intenta mostrar que la ética del personaje, en cuanto presupone un voluntarismo y un irrealismo, no debería ser tomado como un modelo. Por supuesto, no se trata de interpretar el libro como si se tratara de un tratado ético, sino mucho más modestamente, de entrar en diálogo con él para mostrar su verdadera enseñanza, la que debemos comprender superando los paradigmas que se intentan construir a partir de Don Quijote. En cierto modo, este ensayo, si bien no aborda de nuevo el tema de la concordancia, tratado en el ensayo anteriormente citado, tiene como tela de fondo esta actitud, que desde la filosofía intenta recuperar la serenidad y la lucidez como legítimos valores.

La propuesta de rehabilitar la palabra progreso, dentro de un marco estrictamente limitado, despojándolo de sus implicancias teológicas y metafísicas, pero también científicas, corresponde también al imperativo de sensatez que ilumina todo el libro y que va abordando cada tema sin soltar en ningún momento las riendas del entusiasmo. No dejarse llevar por ilusiones, no caer en las trampas de los sectarismos y cegueras ideológicas, tampoco echar por la borda lo que aún puede servirnos para hacer y comprender mejor nuestra vida. Sí al progreso, en cuanto hito en el camino que nosotros mismos nos ponemos; no al progreso, en cuanto pensamiento ilusoriamente redentor.

En "Tratando con el Pasado", artículo que cierra el libro, se hace una revisión de diferentes concepciones y actitudes frente al pasado, y en él vemos de nuevo aparecer los temas que atraviesan todo el libro: la oposición entre una concepción demasiado marcada por el optimismo de la ciencia, la exigencia de comprender los sentidos a partir de los contextos significativos en que se dan, el deseo de siempre mantener una mirada tranquila y abierta hacia las cosas, sin dejarse llevar por fanatismos u optimismos desmesurados. El libro es un llamado a la ecuanimidad, a la

probidad intelectual, a lo que podríamos llamar la “objetividad”, y a la vez, una propuesta para alejarnos de los rebuscamientos, de los remedos huecos de la profundidad, y para acercarnos al respeto y a la significación de la cotidianidad. Todo esto, en un lenguaje directo, que quiere ser siempre claro, que huye de los artificios de la retórica y de los formalismos intelectuales, que es servidor de lo que se quiere comunicar, muy medido, muy certero, muy cercano a las intuiciones que le sirven de guía. Es un libro sabio, otoñal, verdadero, y finalmente entretenido, una aventura hacia una diversidad de sentimientos y entonaciones diversas, pero que esconde en su fondo un mar de sabiduría, que viene del que se ha asomado a los misterios y no se ha despeñado hacia sus abismos, que no ha terminado siendo víctima de ellos, y que en una época de conmociones ideológicas, de cataclismos planetarios, de derrumbamiento de ídolos y de fundamentos, ha sabido mantenerse en la visión siempre serena de la filosofía.

Eduardo Carrasco Pirard
Universidad de Chile